

L.D.D. 001.1
2

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SEÑOR DOCTOR

JOSE IGNACIO ESCOVAR, 1848 -

EN LA SESION SOLEMNE DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL,
EL DIA 8 DE DICIEMBRE DE 1875.

Señores:

La Junta de Inspeccion i Gobierno de la Universidad nacional se ha servido designarme para dirijiros hoy la palabra. A este alto honor voi a tratar de corresponder lo mejor que me sea posible, aunque no abrigo la esperanza de hacerlo de una manera digna del ilustrado concurso que solemniza este acto.

Esclarecidas ya desde esta misma tribuna dos de las facces principales del problema de la educacion, me ha parecido oportuno considerarlo por otro de sus aspectos, a saber: influjo de la cultura intelectual en la libertad humana. Asunto complicado, sobre el cual no comenzaré a disentir sin manifestaros que me tiembla la mano al ir a dar algunas pinceladas más en un cuadro empezado por maestros.

Vivir, ha dicho un ilustre pensador contemporáneo, es dar uno su flor i su fruto: ideal de la vida que lo es tambien de la libertad, a mi modo de ver. Da su fruto el que vive la vida del alma, el que piensa por sí. I éste es tambien el hombre libre; porque la libertad, como alguien lo ha dicho, consiste no en proceder sin razon, sino en proceder conforme a la propia razon. Nuestra libertad seria casi absoluta si en las liberaciones que deciden de nuestra conducta no interviesen sino nuestras propias ideas, es decir, las que hemos formado nosotros mismos i las que nos hemos asimilado mediante nuestro trabajo mental. Pero no es eso lo que ordinariamente sucede: en los consejos del alma tienen voto ideas que no nos pertenecen realmente, i suelen carcer de él ideas sin las cuales es imperfecta o nula la vida moral. Interviene entónces en la direccion de nuestras acciones una fuerza estraña que no es ménos real i efectiva porque no la situamos: tampoco sentimos el peso de la atmósfera, i sin embargo la atmósfera pesa. I como esa fuerza que nos impone ideas, o que nos impide adquirirlas emana de la naturaleza o de la sociedad, puede decirse que el hombre es tanto más libre cuanto más se sustrae a la influencia del medio físico i del medio moral en que vive.

Trataré primero de la influencia del medio físico, limitándome, para no abusar de vuestra paciencia, a presentar dos ejemplos que aclaren la idea principal.

En la tierra, cual se halla hoy, puede estudiarse al hombre en todos los grados de desarrollo: aquí vagan salvajes que llevan una vida casi animal, allí se ven tribus fijas algo más avanzadas; allá sociedades regularizándose lenta i trabajosamente; a una parte, pueblos que se han detenido en su marcha, como si hubiesen alcanzado el término de su viaje; a otra, nobles naciones que se disputan la honra de guiar la peregrinación de la humanidad hácia la tierra prometida de la verdad i de la libertad. Los que ocupan las últimas filas de esta peregrinación, santa porque lo es su objeto, son los esclavos de la materia; los que la guían son aquellos que han adquirido mayor imperio sobre la naturaleza. Si los comparais, no podreis ménos de fijaros en que el pensamiento de los primeros no se estiende más allá de lo concreto, mientras que el de los segundos vive en un mundo ideal; en que los unos no nombran nada que no vean u oigan, mientras que en los diccionarios de los otros no se halla voz alguna que denote algo perceptible por los sentidos.* En otros términos: los hombres civilizados tienen ideas generales i abstractas, o sean concepciones ideales, al paso que los ínfimos salvajes carecen absolutamente de ellas. Notable fenómeno, a cuya causa me permito llamaros la atención.

La naturaleza, pródiga con los que la conocen i dominan, es avara i cruel con aquellos a quienes tiene bajo su planta avasalladora. Para los primeros hila el gusano de seda, doran las mieses los campos, destila su néctar la uva; a los otros, a los siervos no les fué dado procurarse el escaso sustento sino empleando en ellos toda su actividad i todo su tiempo; ni vencer en la lucha por la existencia, sino comprando la vida del cuerpo al precio de la vida del alma. Sin animales domésticos ni agricultura, desnudos e inermes, i en lucha constante con la naturaleza, les es forzoso tener permanentemente fija la atención en aquellos objetos determinados de cuyo conocimiento perfecto depende su existencia. Los efectos de semejante condicion están a la vista: las facultades perceptivas se desarrollan prodijiosamente; las otras, que permanecen inactivas, se aletargan: una parte del alma, permítaseme decirlo así, adquiere la delicadeza de la sensitiva; la otra, la más noble, se petrifica: las impresiones que afectan la una se graban profundamente i dejan una huella durable; las que afectan la otra pasan sin dejar rastro, como pasa por la superficie del mar la sombra de una ave viajera. Esta inteligencia, flor no fecunda, cuya actividad está casi toda latente como la chispa en la pólvora, conserva sin embargo la facultad de diferenciar e integrar, bien que apenas en el grado necesario para formar concepciones concretas. El salvaje conoce uno

*Vivimos en dos mundos distintos, el de la vista i el del pensamiento; i por extraño que esto pueda parecer, nada de lo que pensamos, de lo que nombramos, de lo que se halla en el diccionario puede ser visto, ni oído, ni percibido. (Max Muller.)

Se exceptúan, por supuesto, los objetos que nombramos con sustantivos propios, o con sustantivos genéricos particularizados.

a uno los árboles del bosque en que caza, palmo a palmo los senderos que frecuenta i los romanos del río en que pesca; pero en vano buscaréis en su mente la concepción jeneral de *árbol, de sendero, de romano*.*

Vosotros, habituados como estais a sondear el espíritu, percibireis de una sola ojeada la inmensa trascendencia de este interesante fenómeno.

Las concepciones ideales, signo de nuestra debilidad, porque Dios no las necesita, lo son tambien de nuestra grandeza, porque el bruto es incapaz de formarlas. Sin ellas, el alma se arrastra como una planta trepadora que no encuentra en que apoyarse; con ellas, su radio visual se dilata cuanto el del águila que se remonta a las nubes. Ellas son la esencia misma de la vida mental; el mundo en que viven el sabio, el poeta, el artista; el guía que nos conduce del individuo a la especie, del hecho a la lei, de lo visible a lo invisible, del átomo al mundo, a los mundos, a Dios. Ellas son tambien condicion esencial de la vida moral; porque esta no existe sino cuando hai lucha interior, cuando hai algo que se oponga a la pasión i al instinto; i ese algo son siempre concepciones ideales—el derecho, la justicia, el deber.

No es extraño, pues, que carezcan del verbo *amar* i de voces que denoten afectos las lenguas que no tienen nombres de ideas jenerales** : hecho que pinta por sí solo la condicion moral de los pueblos que las hablan. Al calor de los efectos se desarrolla cuanto hai bueno i noble en nosotros; en la dulce atmósfera de un hogar dichoso es donde se abre el corazón a todos los sentimientos delicados i tiernos; allí es donde nace el espíritu de prevision i se aprende a conocer el valor de los gozos sencillos i puros; allí es donde el padre, rodeado de sus hijos, alza la inteligencia a la contemplacion reverente del Padre de todos los seres, i el corazón a la esperanza de una vida mejor mas allá de la tumba. Los hombres sin concepciones ideales no aprecian sino la astucia i la fuerza; ni viven sino para comer, reproducirse i batallar. Jamas les arrancó lágrimas la piedad, ni asomó a sus labios la oración ferviente. Nunca dilató su pecho el amor puro, el verdadero amor, ni aquella dulce necesidad de la expansion, que suele hacernos esclamar como el poeta: alas! alas! Jamas la idea del deber iluminó la noche de su conciencia, ni sintió jamas su mente el dolor sagrado de la tension hácia lo infinito. Pueblo sin concepciones ideales son los que tratan a la mujer i al niño como bestias de carga, los que quitan la vida a los ancianos que ya no pueden procurarse el

*Martius observa, hablando de los salvajes del Brasil, que en sus idiomas no hai palabras para las ideas abstractas de planta, animal &, ni tampoco para las nociones mas abstractas de color, especie, sexo &, (Lubbock "The Origin of civilization" p. 332).

Es rarísimo encontrar en las lenguas de los salvajes de la América del Norte un término que exprese la idea jeneral de *encina*, (id. l. C.)

** El Coronel Dalton dice que el idioma de los Iroqueses de la India Central carece de epítetos efectivos. El idioma algonquin, uno de los mas ricos de la América del Norte, no tiene palabra alguna equivalente al verbo *amar*. Los indios Tinné del occidente de las montañas Rocalosas, no tienen palabra que corresponda a *querido* o *amado* (Lubbock, obra citada).

sustento, los que dejan morir de hambre a los enfermos, los que devorau a los prisioneros de guerra.

Ya veis, señores, que en ciertas circunstancias el mundo exterior impide la formación de concepciones ideales, i que sin ellas es imposible la vida moral: lo que equivale a decir que la naturaleza, manteniendo latente el fruto del alma, la hace por ese mismo hecho esclava de la pasión i del instinto. Ahí teneis, pues, la esclavitud acaso en la peor de sus formas. Ese hombre sin luz en la mente, sin amor en el corazon, sin vida moral, esclavo de los apetitos brutales, siempre atormentado por vagos terrores, ese es el producto de la tiranía de las fuerzas ciegas de la naturaleza, que si se postran sumisas ante quien conoce la lei a que obedecen, avasallan implacablemente a quien ignora esa lei.

Bajo esa servidumbre, en esa oscura noche intelectual i moral, vivieron largos siglos nuestros mayores. La tierra, fiel depositaria de las huellas de cuanto ha vivido en su seno, contradice elocuentemente a los que creen que pasó ya la edad de oro. Ella les muestra al hombre ante-histórico abrigándose en cavernas, fabricándose instrumentos de huesos i de piedras, disputando penosamente su existencia a las fieras, i llevando una vida en nada superior a la de los infimos salvajes modernos. De salvajes como éstos, que no poseian mas que alguna grosera hacha de sílex, descendeu los que han perforado el monte Cénis i construido el Leviatan. Antropófagos fueron los antepasados de los que han libertado los esclavos a costa de su sangre. De hombres incapaces de contar hasta cinco, descendeu los que han pesado la Tierra i el Sol. De seres en cuyo espíritu estrecho no cabia la concepcion jeneral de *árbol*, producen los sabios que ven todas las palabras en unas pocas raíces, todo el mundo organizado en una célula, toda la materia bruta en un átomo. Cuántos restos de esa barbarie primitiva subsisten aún, vosotros lo sabeis muy bien, señores, pues que sois de los que trabajan por extirparlos. Dolor da decirlo, pero es la verdad: no se puede cavar algo hondamente en el pensamiento de este siglo entristísimo, sin tropesarse con horribles fósiles intelectuales i morales.

Comparad el alma i el corazon empedernidos de esos pobres salvajes, con el alma alada i el corazon noble i humanitario de los hombres cultos de los países civilizados, i no podreis ménos de preguntaros quién sacó esta mariposa de aquella oruga, qué nimen intelar produjo semejante maravillosa metamórfosis. Bien se ve cuál será vuestra respuesta. El presente es hijo del pasado, como lo será del presente el porvenir; el progreso es fruto esclusivo del trabajo de la humanidad: ella le debe a Dios el dón de la vida i la facultad de mejorarse; pero su perfeccionamiento se lo debe a sí misma. La razon, la esperiencia i la observacion, "santa trinidad de la ciencia," hé ahí los verdaderos libertadores de la especie humana. Si; la intelijencia fué el nimen que produjo aquella maravillosa trasformacion, bien que en siglos de trabajo; porque a la manera en que las aguas i los vientos gastan miles de años para allanar una colina, así tambien la fuerza mental gasta siglos para allanar uno de esos Chimborazos del mundo moral.

La intelijencia fué quien vistió i armó al salvaje i lo puso a cu-

hierto de las inclemencias del cielo ; ella fué la que sujetó a su dominio el caballo i el buci ; ella la que cubrió de mieses los campos i de rebaños los prados ; ella, en fin, quien procuró al hombre el descanso i la abundancia, padres de la ciencia, de la legislación i de la poesía. Mas para ser justos es preciso reconocer que la inteligencia ha tenido por aliado a la casualidad en la obra de la liberacion del hombre ; el acaso acreció quizá por la primera vez al cazador el noble animal que habia de guardar su cabaña i su rebaño ; una mano distraida fué probablemente la que, frotando dos leños, produjo la chispa que habia de forjar el hacha, devorar los bosques, modificar los climas ; un incendio fortuito quizá fué el que hizo correr la vez primera, en olas incandescentes, por los costados de la colina, el metal de que habian de fabricarse el arado i el riel.

Estudiado ese caso extremo, en que el dominio de la naturaleza sobre el hombre es casi absoluto, veamos otro en que ese dominio es parcial, aunque bien discernible : aludo a la influencia del medio físico en la direccion del sentimiento religioso. Sirvanos de ejemplo lo que el profesor Wundt llama *religion de las estepas*. En las llanuras secas i arenosas del alta Asia, donde la vista vaga en la inmensidad, engañada a cada instante por las imágenes ilusorias del espejismo, el hombre, sediento, presa del hambre i de la fiebre, puebla el desierto de fantasmas, hijos de su imaginacion enferma. De ahí el culto de los espíritus i el chamanismo,—que no es otra cosa que la produccion artificial del éxtasis,—creencias que imperan desde los Urales hasta el mar del Japon, i desde los Himalayas hasta donde mueren en el mar las últimas colinas de Siberia. Un ejemplo semejante nos ofrece la estremidad occidental del Asia : La Milita babilónica, diosa del sol en las llanuras uniformes de Caldea, donde el clima i la vida nómada ofrecian al hombre tantas ocasiones de contemplar el cielo, se tornó divinidad terrestre de la Fecundidad, en la montañosa i fértil Fenicia.

Como las ideas religiosas influyen mas o ménos en la conducta del hombre, es patente que tanto mas libre será él cuanto mas independientes sean ellas del mundo exterior.

I si pudiésemos detenernos a estudiar los efectos del cultivo del entendimiento desde este punto de vista, veriamos cómo ha ido engrandeciéndose la idea de Dios en la mente de la humanidad, a medida que han ido generalizándose mas i mas sus ideas ; cómo del culto del fetiche protector del individuo, se pasó al culto del fetiche de la familia i de la tribu, i de la deificacion de la cosa a la deificacion de la especie ; veriamos cómo, formada ya una idea mas general del mundo, fueron deificados el cielo i la tierra, grandes fetiches que contienen a todos los otros, * i cómo de ahí, por una gradacion lenta e insensible, se llegó a la concepcion de una fuerza creadora del cielo i de la tierra : transicion de lo físico a lo moral, no difícil de concebir i de que abundan ejemplos. La Virgen de ojos azules, primero diosa del aire i del cielo, fué mas tarde personificacion de la pureza i de la sabiduría ; i el Dios del sol llegó a ser mera personificacion de la poesía, que como el sol anima i regocija, i de la cien-

* De Montrui. Le Fétichisme,

cia, que ilumina como el sol.**Veríamos, en una palabra, que la cultura del entendimiento ha elevado a las razas civilizadas, desde la adoracion del fetiche, a quien el salvaje maltrata sino se cumplen sus deseos, desde la adoracion de divinidades crueles a quienes es grato el olor de la sangre inocente, hasta la concepcion grandiosa del Dios justo i misericordioso a quien invocamos con el dulce nombre de padre.

Igual progreso notaríamos en la manera de concebir las recompensas de ultratumba: el maorí cree que el cielo es un campo donde estará eternamente combatiendo i eternamente vencido i devorando a sus enemigos; el árabe espera gozes sensuales en recompensa de sus virtudes; el cristiano ilustrado no puede concebir otro cielo que la contemplacion de la eterna belleza i la posesion de la verdad absoluta. I lo mismo puede decirse del culto exterior: las divinidades crueles de los pueblos bárbaros exigen sacrificios humanos; en un estado de civilizacion algo mas avanzado, es la sangre de la oveja la que salpica las gradas del altar; el hombre ilustrado que se prostra de rodillas, no por temor sino por amor i respeto al Ser increado, no inmola mas víctimas que sus propias pasiones.

I si volviendo a otra parte la vista la fijais en el modo como la mente cultivada salva en idea las barreras que le oponen el tiempo, el espacio i el organismo en que vive, no podreis ménos de maravillaros al ver cuanto se engrandece con la cultura intelectual esta efímera vida humana, frágil vaso lleno de dolores i de gozes. El hombre ilustrado vive la vida de todos los tiempos i de todos los lugares ve en cada cosa mas de lo que ven en ella los ojos del cuerpo; distingue en el concierto universal la voz de cada arbusto, de cada insecto, de cada ola; se inclina, como dice Balzac, al borde del mundo para interrogar a las otras esferas; oye donde quiera que se halle,—en la montaña, en el bosque, en el mar,—la voz misteriosa que hablaba a Moises desde la zarza encendida; i siente, segun la bella espresion de Goethe, vivir i moverse en su alma las majestuosas formas del mundo infinito. Ora oye estaciado en los campos risueños de Galilea las sublimes parábolas del Hijo del Hombre; ora asiste presa de angustia mortal, a los últimos momentos de Sócrates. Ya dilata su pecho el placer que embargó el de Colon al pizar las playas del mundo que sacó de las olas; ya revesa en su corazon la amargura que hubo de rebosar en el de los héroes polacos al ver perdida, acaso para siempre, la libertad de su patria. Ora se enardece con el celo religioso que animaba a los cruzados, ora se inflama con el fuego sagrado que ardia en el pecho de los libertadores de la América. Ya admira en silencio, desde el aduar del beduino, la solemne majestad del desierto; ya se arroba meditando bajo los bosques seculares de la India; ya contempla embebecido, a la tenue claridad del crepúsculo, el amarillo franjado de esmeralda de nuestras pampas solitarias.

Pero el espíritu cultivado no es solamente un espejo en que se re-

**Brocher. La Théocratie romaine.